

# De mal a buen estudiante

... De mi condición de alumno, primero en [la Escuela](#), después en [el Instituto](#) y finalmente en [la Normal](#), no había salido lo que se dice enamorado de los libros. Tampoco recién estrenado como docente tenía la menor conciencia de enfrentarme a una tarea que exigiera el recurso permanente al estudio, tal como yo mismo defendería años más tarde. Menos mal, pienso hoy, que tal hastío acabó relativamente pronto, porque, de no haber sido así, mi ignorancia sería ahora tan grande que ni siquiera me daría cuenta de ella. Al menos de esto último creo que me he librado.

Sin embargo, cuando en 1973 me matriculé en [la Facultad](#) de Geografía e Historia de la Universidad de Oviedo, me convertí en un alumno completamente distinto del que había sido. Así que, en lo que respecta a la relación con el saber académico, mi primera década como docente puede ser perfectamente dividida en dos lustros muy diferentes: uno, el primero, de absoluta sequía, y otro, el segundo, de total inmersión... (pp. 69-70)

## La Escuela

[Mi escolarización](#) se produjo a la temprana edad de cinco años. [...] Y, para lo que pudo pasar, no me fue del todo mal, a juzgar por lo que puede verse en el [primer cuaderno escolar](#) que conservo, pero tampoco tan bien como para ser considerado un alumno verdaderamente brillante.

[...]

estoy agradecido. En primer lugar, a mis padres y su sentido del deber escolar, con el que cumplieron plenamente, fieles a la convicción, que tantas veces escuché de sus labios, de que “lo mejor que se puede dar a los hijos es una buena preparación”. Se propusieron situarnos un trecho por delante de donde ellos habían llegado y no ahorraron esfuerzo para conseguirlo. En segundo lugar, a mis maestros, prototípicos frutos de su tiempo, de los que en absoluto dudo que cuanto hicieron, bien o mal, estuvo impregnado del compromiso moral (muy común entre los maestros de escuela, fueran estos del signo ideológico que fueran) de hacer de nosotros futuros “hombres de provecho”, que se decía entonces. En tercer lugar, al hecho de que el Estado me permitiera y me obligara a estar varias horas al día, durante cuatro años, [sentado en un pupitre](#) para alfabetizarme.

[...]

Pero lo mismo que digo esto con sincero reconocimiento, añadido que también es cierto que la escuela primaria no despertó en mí afición alguna por el estudio. Salí adelante sin problemas, como constatan las [últimas calificaciones](#), pero no conocí entonces el placer de aprender, salvo de manera discontinua y efímera. Pequeñas y momentáneas alegrías al hilo de algunas lecciones, de algunos momentos del todo insuficientes para sentar las sólidas bases emocionales que requiere el esfuerzo de estudiar. (pp. 70-71)

Mi escolarización



... la escuela era para aquel niño solamente uno más de los escenarios donde tenía lugar el conflicto entre la tristeza de fondo que expresan sus ojos y la sonrisa que tratan de esbozar tímidamente sus labios. Había en él docilidad suficiente y capacidad para cumplir con la institución, pero no era un alumno simplemente a la espera de lo que la escuela quisiera enseñarle, sino que había de ocuparse también del otro mundo que llevaba dentro, lo que solía hacer fabricando sueños, con frecuencia mientras fingía escuchar al maestro. (p. 72)

Primer cuaderno escolar



... Aunque estoy seguro de que algo llevaba aprendido de casa cuando comencé a la escuela, puede comprobarse que no es poco lo que ésta había conseguido enseñarme en menos de dos años. ... (p. 72)

Sentado en un pupitre



... cuatro años de lectura, escritura y cálculo en sesiones de mañana y tarde; de enciclopedias y tableros encerrados; de pizarras de pizarra o de piedra o de “manteca”, cuadernos sin pauta o con ella, tinteros de loza, plumillas y pañuelos [...] de leche en polvo y queso americanos; de buscarse la vida en el patio de recreo; de atizar en invierno la estufa de hierro con virutas de madera; de cumplir los castigos (me refiero a mí) cuando llegaban, de rodillas si era el caso; de paredes con cristos crucificados, vírgenes y caudillos... (p. 74)

Últimas calificaciones

Se ve que mi maestro del curso 1957-58 no era muy partidario de los matices, a no ser en la nota media, donde los decimales eran respetados hasta las centésimas. Con las calificaciones del curso siguiente el maestro avalaba lo que les dijo a mis padres cuando cumplí los diez años:

— Vale para estudiar y está preparado para ir al instituto.

Y allá me fui... (pp. 74-75)

## El Instituto

... No está mal eso de irse al instituto, pensé, porque la opción por un trabajo manual significaba, de momento, tener que continuar en la misma escuela algunos años más, mientras que irse a estudiar suponía **viajar a diario** a otra localidad y estar todo el día fuera de casa.

[...]

En los cinco años que duró aquello, sin duda aprendí algunas cosas, pero nunca algo que no fuera para examinarme de ello. Estudiar, examinarse y olvidar. Examinarse o salir a dar la lección, que era lo mismo, pero en versión diaria y oral [...] Cosa distinta, casi una liberación, eran **las prácticas de campo y los talleres** que tenía, al ser el que cursaba un bachillerato laboral de la modalidad agrícola ganadera.

[...]

de los 36 alumnos que comenzamos juntos el **primer curso**, solo 14 terminamos el quinto **cinco años después**.

[...]

El **borrador de una carta**, que recientemente he encontrado, pone de manifiesto que, bien avanzado el quinto curso de bachillerato, andaba yo buscando la manera de encontrar una salida que pusiera fin a mi presencia en el instituto. Cuando casualmente conocí el plan de estudios de magisterio y lo vi tan asequible, en cosa como de diez minutos me sobrevino **la vocación** de ser maestro. Aquel año de 1964, el mismo en que puse por primera vez pantalón largo, aprobé de una tacada el último curso del bachillerato laboral, la reválida y el ingreso en magisterio, todo ello con la suerte del saltador cuando arquea la espalda y hace cimbrar el listón sin que se caiga... (pp. 75-76)

Viajar a diario



... Creíamos nosotros, como todo el mundo, que aquellos alborotados viajes eran de ida y vuelta. Pero no era así, porque la asistencia al Instituto nos convertía en estudiantes, y eso, sin que nosotros lo supiéramos, significaba que la mayoría no regresaríamos nunca al punto del que habíamos partido. Era eso precisamente lo que buscaban para sus hijos los padres de cuantos posamos para la foto: que fuéramos más allá de donde ellos habían llegado... (p. 77)

Las prácticas de campo y los talleres



... En algún momento del día dejábamos el pupitre y nos acercábamos al banco de carpintero, nos manchábamos las manos en el taller de ajuste o cogíamos la azada y nos íbamos a destripar troncos a alguno de los parterres que formaban el extenso campo de prácticas que rodeaba el Instituto. Es verdad que la tradición académica asentada en las enseñanzas medias dominaba el panorama, y que estas actividades de carácter manual cursaban en un segundo plano, pero un alumno como yo, todavía indeciso, disfrutaba con ellas... (p. 77)

Primer curso



El tercero por la izquierda en cucullas soy yo, recién llegado con diez años al Instituto, con arremangada pose de hombrecito [...] Entre las clases medias y los sectores populares había comenzado a germinar el deseo de que sus hijos accedieran a niveles de estudios hasta entonces reservados a las élites, aunque habrían de pasar aún unos años para que dicha aspiración se generalizara hasta llegar a desbordar las aulas disponibles en los Institutos. La escolarización de masas estaba en sus comienzos... (p.78)

Cinco años después



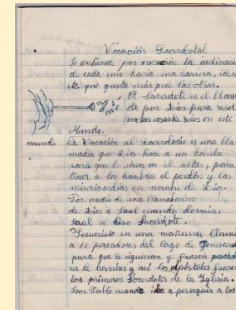
Aquí me puse a la derecha del todo, fingiendo despreocupación, pero asegurándome de que se vieran bien mis recién estrenados pantalones largos. [...] Solo tres años después de la foto, ese niño que posa a la derecha del grupo sería maestro. (p. 79)

Borrador de una carta



... Se ve que en el último curso de bachillerato elemental consideré seriamente la opción de continuar mis estudios por correspondencia. [...] A mí me atraía la delineación porque me gustaba la geometría y, seguramente también, porque las únicas veces que se oía a mi padre cantar era mientras dibujaba. Ese doble atractivo y el deseo de librarme del opresivo espacio del aula (¿quién iba a decirme que no iba a salir de ella hasta la edad de la jubilación!), me hicieron considerar seriamente la posibilidad de estudiar delineación a través de un centro de formación por correspondencia. Cinco años de bachillerato no me habían cambiado como estudiante. (pp. 79-80)

La vocación



Sobre esto de la vocación ya había trabajado el último curso que estuve en la escuela nacional, con nueve años, aunque, como puede verse en mi cuaderno, el asunto había sido abordado solamente con referencia a la "vocación sacerdotal!" [...]

Lo cierto es que tampoco sentí nunca la vocación de enseñar. [...] Ahora bien, como ya he adelantado, cuando algunos de mis compañeros de quinto de bachillerato me mostraron el plan de estudios de magisterio, de inmediato decidí que aquella era mi opción. Me pareció una carrera fácil y corta, es decir, llevadera sin demasiado esfuerzo... (pp. 80-81)

## La Normal

No fui mejor **estudiante de Magisterio** que lo había sido en la escuela o el instituto. Tampoco peor. Cumplí con el propósito de llegar al final sin repetir ningún curso, calculando el riesgo y regulando el esfuerzo para que fuera el menor posible, pero sin ningún interés por el estudio, más bien padeciéndolo como una imposición a la que había que resignarse con tal de ir aprobando hasta que aquello terminase de una vez.

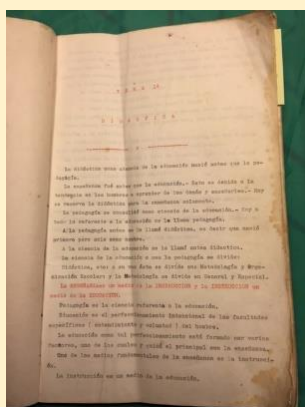
Tampoco la institución era muy distinta al instituto. Era un lugar sin más vida que el trato con una retahíla de asignaturas entre las que no había otra cosa en común que el aula donde se impartían y en la que, de cuando en cuando, había que examinarse. Unas asignaturas que volvían sobre lo mismo que habíamos estudiado en el bachillerato y acaso lo llevaban un poco más allá, sin que estuviera muy claro para qué, puesto que no se establecía ninguna relación entre su contenido y el trabajo de un maestro. Había materias nuevas que eran muy específicas, como Caligrafía, **Pedagogía** o **Prácticas de Enseñanza**. Algunas de ellas eran auténticas “marías”, otras, oportunidades perdidas. (p. 81)

Estudiante de Magisterio



Nadie diría que ese chico que está más a la izquierda en la foto, a la altura del tercer escalón, con gesto serio y unos folios bajo el brazo, no era el aplicado estudiante que aparenta, sino un alumno desganado al que le costaba poco dejar de lado una clase para hacer cualquier otra cosa. Aunque se esfuerce en disimularlo, todavía había en él más adolescencia tardía de la que cabe esperar de alguien que sólo un año más tarde iba a entrar en un aula como maestro... (p. 81)

Pedagogía



... Se trataba de unos apuntes dictados en clase a velocidad endiablada. El profesor trataba con ello, por un lado, de no reconocer abiertamente la evidencia de que estaba dictando, y, por otro, de impedir que le hicieran preguntas.  
[...]  
Mi formación como maestro no estuvo en buenas manos, afirmación esta que incluye también las mías. (pp. 82-85)

Prácticas de Enseñanza



... Cuando muchos años después fui tutor de alumnos de magisterio, siempre les insistí en que aquello que fueran capaces de escribir acerca de su inmersión en un aula daría la medida de las relaciones entre teoría y práctica que eran capaces de establecer. Así que cuando revisé mis propios cuadernos de prácticas utilizando el mismo criterio y veo la pobreza de los comentarios que hacía, me asombro de las inmensas carencias que tuvo mi formación como maestro... (p. 85)

## La Facultad

... Tras titularme como maestro, a pesar de que a veces sentía la necesidad de mejorar mi formación, no se me pasaba por la cabeza volver a convertirme en estudiante. El recuerdo de mi pasado como tal me disuadía de ello. Tampoco estaba nada seguro de que fuera a irme bien en los estudios universitarios. Pero en 1973 me casé, lo que supuso **un giro radical** en mi vida. Fue entonces cuando decidí matricularme y probar suerte en la universidad. Afortunadamente no tardé en descubrir la existencia de **un conocimiento distinto** al que hasta entonces había conocido. Su atractivo, unido a otras circunstancias, entre las que hay que destacar los cambios en el modo de vivir que yo mismo estaba experimentando, hicieron de mí **un estudiante diferente** al que había sido años atrás. Tan distinto [...] que establecí una relación tan intensa con el **Departamento de Geografía** que terminé con un pie dentro de él. (p. 87)

Un giro radical



Un conocimiento distinto



... Por primera vez, el saber fue para mí un asunto vital y no solamente un recurso momentáneo para examinarse, conseguir titulaciones y luego olvidar. De hecho, gran parte de lo que soy hoy lo construí racionalmente en aquellos años universitarios. Cuando años más tarde situé el conocimiento académico como una de las tres esferas de un concepto dialéctico de la formación y de las

Un estudiante diferente



... En relación con el conocimiento académico que me encontré en la universidad, estubo mi transformación como estudiante. Todavía no manejaba la idea de la importancia que tiene la cuestión del sentido en la motivación para el estudio, pero hoy sé que es ahí donde se ha de buscar buena parte de la explicación de

Departamento de Geografía



... hice caso, afortunadamente, fue al profesor D. Francisco Quirós, que un día, ya en quinto curso, fingiéndose más autoritario de lo que en realidad era, me dijo: “Póngase usted a hacer una tesina sobre la enseñanza de la geografía en España”. Y ahí comenzó todo en lo que a mi evolución profesional se refiere, porque aquel trabajo fue

... lo cierto es que cuando en 1973 me casé con la chica que andaba conquistando algo así como desde los dieciséis años (victoria, pues), dejé de salir de casa sin motivo justificado. Me ocurrió entonces como a la Humanidad, que debe su civilización al hecho de haberse vuelto sedentaria y ponerse a cultivar la tierra. Yo, me matriculé en la universidad... (p. 87-88)

relaciones entre la teoría y la práctica en la enseñanza, no solo razonaba teóricamente, sino que estaba vivencialmente muy influido por la experiencia acerca de lo que había significado para mí la universidad. (p. 89)

por qué dediqué a estudiar la inmensa mayoría de las horas que la familia, el trabajo y el creciente compromiso político y sindical me dejaban libres o directamente les robaba... (p. 90)

el primer paso en un camino acertado que me llevaría a encauzar el creciente interés por el conocimiento académico que se había despertado en mí, hacia la reflexión sobre los problemas propios de la profesión en la que trabajaba. Desde entonces siempre les he dicho a mis colegas y a los futuros profesores que sí, además de enseñar en las escuelas o los institutos, les gusta estudiar, que lo hagan sobre los problemas de la propia enseñanza en la que se ocupan, ya que hay en ellos materia más que suficiente para satisfacer con creces el interés intelectual que tengan por el estudio y la investigación, por grande que este sea. (p. 91)